

dara, y salieron los unos en pos de los otros. Cuando Federico se vió solo, aquella firmeza de antes pareció abandonarlo. Cayó en una silla junto á la mesa, metió la cabeza entre sus manos y se puso á meditar profundamente.

El hombre oculto en el rincon de la sala se levantó sin ruido, y fué á colocarse junto á él. Era un hombre de edad, alto, flaco, y estaba envuelto en una ancha capa. Sus facciones muy marcadas tenían cierta expresion de nobleza y energía; sus cabellos canosos que caian bajo su sombrero hasta el cuello, las espesas cejas bajo las cuales brillaba una dulce mirada, aumentaban el aspecto notable de su fisonomía. Cuando Federico levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con los del extranjero, y se estremeció involuntariamente. Levantóse para salir.

—No, quedaos, Federico de Neuberg, dijo el anciano cogiéndole del brazo. Tengo que hablaros un momento,

—¿A mi, caballero? ¿me conocéis á mí?... respondió Federico con sorpresa.

—¡Cierto! Sentaos. Aun tenemos tiempo de hablar, puesto que no partís hasta mañana.

Federico miró al extranjero con nueva admiracion.

—¿Podré saber con quién tengo el honor de hablar, caballero?

—Con un amigo vuestro, Federico... ó por mejor decir, con uno que desea serlo. Si os dijese mi nombre, de fijo no lo conoseriais, así poco importa; de vos es de quien se trata: ¿Queréis salir de esta ciudad?... ¡Pues bien! yo os aconsejo que no la dejéis.

El tono afable del desconocido y sus elegantes modales hacian sin duda impresion en el jóven. Por esa razon, contestó con el mismo tono y sin vacilar.

—Os aseguro, caballero, que he tomado con disgusto esta resolucio, pero desgraciadamente, no me queda otra que escoger.

—Os habeis desanimado muy pronto. ¿Habeis buscado el apoyo de los amigos?

—¿Mis amigos?...no los tengo sino entre pobres estudiantes como yo, y ellos necesitan apoyo, en vez de poderlo dar...

—Bueno... ¿y yo?...

—¡Vos, caballero? Perdonad, pero creo que no os conozco, y...

—¡Os confundís siempre! yo os conozco, y esto me basta. Decidme que os hace falta.

— Yo no podria aceptar ..

—Escuchad, Federico, esas son niñerías: yo os ofrecí mi apoyo y el crédito que tengo; me parece que no teneis motivo para rehusarlo, porque aceptándolo, no os comprometéis á nada. Por mi parte, la razon es sencilla: he conocido á vuestra familia, os conozco á vos que pareceis un buen muchacho, y quiero seros útil; es uno de esos actos de la Providencia, de que hablabais poco hace.

La admiracion de Federico iba creciendo; pero el desconocido iba tomando, á no dudarlo, ascendiente sobre él, y el jóven no supo que responder.

—Veamos, dijo el anciano acercándose, se trata de saber lo que queremos. Si debo creer en esta fisonomía meditativa, nosotros debemos tener dos pesares; el uno en el bolsillo, el otro en el corazon,

—¡Caballero!

—Vamos, adivino. Teneis una pasion profunda, y abandonais el casto objeto de vuestro amor por falta de dinero. Esto es dos veces grave... y sin embargo, con un remedio se acudia á los dos males; con tener bastante dinero para permanecer aquí. ¿No es verdad?

—¡Caballero!

—Podremos hallarlo. Pero ántes, jóven, no olvido que hablo al baron de Neuberg. Espero que puede confesar el objeto de su amor, que es digno de su nombre.

—Sin duda, replicó Federico enteramente subyugado por este singular personaje. Su nacimiento, su belleza, su fortuna, no solo la harian digna de mí... sino que ¡ay! yo no soy digno de ella